

Nada más apago las luces

Anamari Gomís

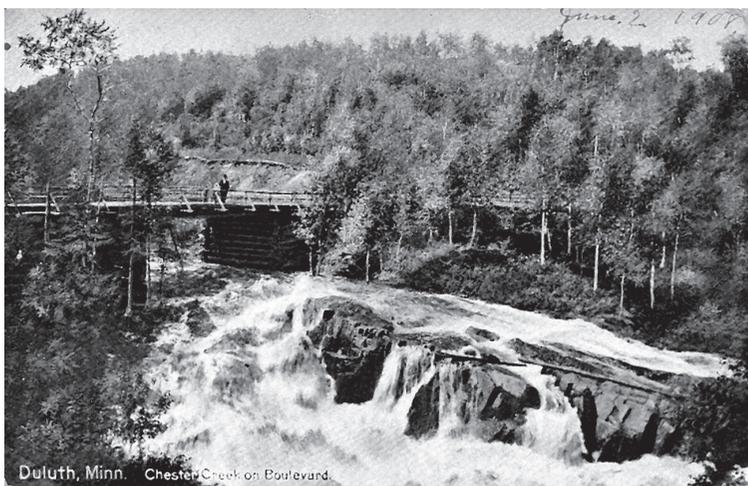
La monotonía de la vida conyugal, con sus ilusiones perdidas, y los esporádicos milagros cotidianos, sirven a Anamari Gomís —autora de Sellado con un beso y Los demonios de la depresión, entre otros— para ofrecernos un relato elíptico que esconde mucho más de lo que parece.

A pesar de lo que me ha costado toda la vida levantarme temprano por las mañanas, siempre un suplicio para mí, prefiero hacerlo antes que Mark. Casi de noche entro al baño, suspiro ante el espejo y me pongo la bata de invierno para bajar a moler el café como hacían mis padres en Veracruz, dentro de su molinillo de madera. El mío es eléctrico y suelta un aroma igual de excitante al de mi infancia. Por eso me gusta esa soledad de madrugada. La cocina se calienta pronto, tanto que las ventanas que dan al jardín trasero se cubren de vaho. Allí me siento a gusto, aunque la luz de los focos me irriten los ojos. La madera cruje siempre. Al principio me asustaba un poco o pensaba que Mark bajaba las escaleras. Ahora estoy acostumbrada y distingo las pisadas de mi marido sin equivocarme. Entonces sé que han dado las seis y media y que ya no tendré descanso ninguno hasta bien entrada la tarde.

Duluth es una ciudad demasiado pequeña. Su atractivo es indudable: el lago, las casitas, el bosque, la tranquilidad. Me aburre no sabes cuánto. No digamos durante los duros tiempos de invierno que convierten a Minnesota en una Siberia americana. Lo único que digo mañana, tarde, moda y noche es “¡pinche frío!”. Mark se divierte y lo repite, “pinche frío”, tropezando siempre con la erre. Él lo soporta sin problema, me lleva a pasear por las montañas algunos fines de semana. Me calzo mis

hiking shoes para no resbalarme en los *trails* lodosos, alfombrados de hojas húmedas. Lo disfruto, más o menos, si no se suelta el aire helado de las alturas. Rarísima vez acudimos al cine, por ejemplo, a mí, que tanto me gusta. El resto del tiempo, Mark realiza sus faenas con una convicción religiosa: lo mismo corta leña, que ahuma el pavo de Thanksgiving, que arregla el jardín y entierra bulbos para que broten en la primavera. Conduce su camioneta al pequeño establo que heredó de sus padres, donde uno de sus hijos se hace cargo de los animales. Mark vende la leche bronca y los huevos, pela a los borregos y ayuda, con su único brazo, a limpiar los corrales, los abrevaderos y lo que se pueda. Muy trabajador, sabes, pero un día se quitó las botas de plástico embadurnadas de estiércol y las puso en el *sink*, en el fregadero. ¿Qué nunca nadie le advirtió que eso era una cochinado? Limpié y desinfecté con cloro, conteniendo y amasando mi indignación.

Yo me dedico a la casa, como te imaginarás, que tiene dos pisos, cinco cuartos, un solo baño, y que se cae de vieja. No sé cómo quiere Mark venderla en estas condiciones, aunque sea antigua, de principios del siglo XIX. Bien cuidada valdría una cantidad importante, creo yo, pero en este estado cualquier comprador saldría huyendo. ¿Te he dicho que en el *den* hay unas inmensas peceras, por no decir unos depósitos enormes de agua



con tortugas? Es necesario cuidar su temperatura, que no descienda de lo estipulado. Las tortugas son grandes y se las debe pasar a sitios secos y terrosos. Yo me encargo del clima del “tortugario”, o como se diga, pero cogérlas y colocarlas en otro espacio, imposible. Me angustio y las pobres me dan un poco de asco. El piso de esa habitación es una desgracia, por más que lo encere y trate de sacarle brillo.

Pues mira, primero llevo a las hijas de Gwendolyn, la hija mayor de Mark, a la escuela. Las quiero muchísimo a las niñas. Luego doy fisioterapia en un asilo de ancianos y regreso a preparar la comida y a continuar con mis quehaceres. Es horrible, para cuando dan la seis de la tarde, me descubro rendida y todavía hay que sacar a los perros, cepillarlos y darles de comer. Me encargo también de revisar las cuentas y, en ocasiones, paso al supermercado mientras Mark marca en sus mapas las batallas importantes de la historia. Todo el *basement* está convertido en un mundo de estrategias navales o terrestres. Primero estira planas inmensas en el suelo, dibuja las cartografías y señala con puntos rojos que van de un lado a otro los trayectos bélicos. Se echa un par de whiskys, más o menos, le llevo un *snack* y yo me subo al estudio a contestar mails o a leer un rato. También hago sudokus. Aunque me halle fatigada, aprecio ese rato, como el de la mañana en la cocina. Cuando Mark me alcanza arri-

ba, encendemos la TV, nos enteramos de las noticias y luego nos metemos en la cama. Él procura avivar mi risa con insinuaciones eróticas que resultan nomás puro juego, nada en concreto.

Mi relación sexual con él, debo confesarte, era extraordinaria mientras yo vivía en Washington. Ocurría por teléfono o por chat. Mark pensaba en cosas muy sustanciosas, que a mí me ponían a punto de turrón. A veces no necesitaba ni masturbarme para resbalar en un orgasmo hondo y liberador.

Compartir la vida es otro asunto, sabes. Uno se aplaca, las faenas te agotan y siempre crees que habrá otro momento que no sea en la noche, que es cuando una se colapsa, exprimida como jerga. ¿Me creerás que aquí nunca ha habido jergas?

He pasado pocos veranos en Duluth y resultaron muy agradables. El bullicio de las nietas de Mark por toda la casa, los perros entrando a la cocina y saliendo al *back yard*, sin soplos congelantes, el ruido de las ramas de los árboles empujadas por el viento durante la tarde, la libertad de estar afuera. Las hijas son muy monas, ¿te lo he dicho ya? Una de ellas pasó varios meses en Perú y aprendió bastante español, por fortuna, porque a mí se me olvida mi propio idioma. No quiero sonar petulante, no es eso, se me borran de la mente algunas palabras, muchas, si te soy sincera, hablo como pocha, lo habrás notado, y escribo como tal.

La madre de las muchachas se suicidó. Era bipolar, maniaco depresiva, a pesar de eso fue muy trabajadora y ganó dinero, que es el único que hubo y ya queda muy poco. Su muerte sacudió a toda la familia. Mark se transformó en padre y madre. Imagínate, con sólo hijas, el pobre. Su refugio siempre fueron sus escaramuzas topográficas sobre el papel. ¿Se dice escaramuza? Todo el tiempo anduvo tras las muchachas, además de trabajar como burro. Es muy buen hombre, sabes. La mamá lo ayudó mientras podía, cuidándole a las niñas, pero también sudaba la gota gorda, aunque no en el establo, no. Ella abrió desde los años cincuenta una tienda de ropa para niños y se dedicaba a todas las *alteraciones* que necesitaban las prendas. Los arreglos, pues, las costuras. ¿Ves que hablo en pocho? Muy interesante debió haber sido mi suegra. Se casó en segundas nupcias con un medio mulato. La familia, que llevaba centurias, de veras centurias, contrayendo matrimonio sólo con descendientes de alemanes, le impusieron la ley del hielo. Dos de sus propios hijos dejaron de dirigirla la palabra. Bueno, mi Mark no, para prueba este botón que habla y te cuenta. Seré pocha pero jarocho de origen y de corazón.

El brazo lo perdió Mark en una explosión en la guerra de Vietnam. A los treinta y cinco años ya era manco. No te creas, la primera vez que le vi el muñón me desagradó, pero ya me acostumbré. Nunca ha querido que le pongan ningún adminículo, ni siquiera un gar-

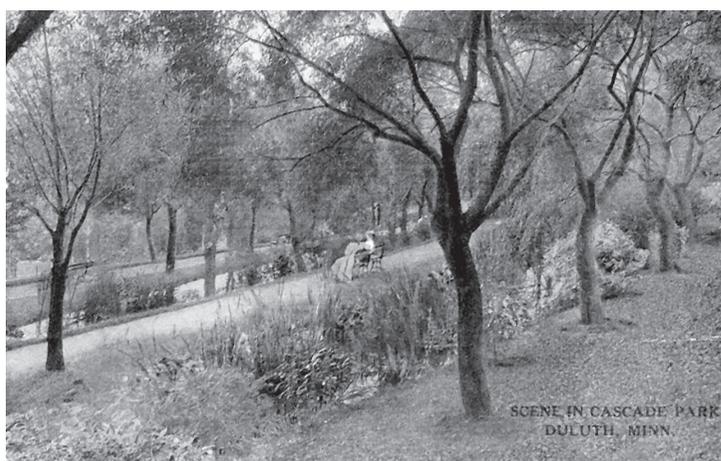
fio. El gobierno se lo hubiera pagado, por supuesto. Gracias a Dios fue el brazo izquierdo y aprendió a arreglárselas muy bien. Teclea con enorme rapidez, usa un solo dedo.

Por todas las razones que te doy, es que Mark se echa sus whiskitos y llega a la cama para extenderse sobre ella como un muerto, como un crucificado. El problema es que ronca con una sonoridad amenazante, como de bombardeo.

Yo me pongo mis audífonos, enciendo el iPod y trato de escuchar mi música. Debo decirte que las desma drugadas y el fastidio de cada jornada me vencen pronto. Entonces sueño mucho con Veracruz, sabes, y con mi recámara desde la que se veía el mar, con el balcón de la pieza de mi abuela que daba al jardincito, donde crecían árboles de plátano. Me entra una gran felicidad. O a veces creo que estoy en mi departamentito de San Francisco y me estiro como gato. Pero me topo con Mark y me despierto confundida. ¿Qué hace este hombre en mi cama? Pero no es mi cama, es la suya, a la que sólo le ha cambiado el colchón dos veces: cuando murió su mujer y, años después, cuando se casó conmigo. Sí se casó conmigo, yo, la sentenciada a ser una divorciada solterona. Debo agradecerse mucho, supongo.

Pues qué te digo de mi boda. Fue muy simple. Nos casó una prima de Mark, ministra luterana. A él no le importaba que tuviéramos una unión religiosa, porque desde que participó en la guerra perdió la fe. ¡Qué no habrá visto, el pobre! Yo quise que fuera en el templo debido a que en la primera ocasión, allá en Los Ángeles, no me había matrimoniado por la Iglesia. Claro, en esta iglesia no lucían ni santos ni vírgenes. Sólo colgaba una cruz vacía sin Cristo, pero para mí era más que suficiente. Me vestí de traje sastre blanco y me puse un azar junto al pecho como si fuera una orquídea. De allí, formamos un pequeño grupo, mis hijastras, la prima y su marido y dos amigos de Mark, Mark y yo, y nos fuimos a comer en un restaurante frente al lago. No hubo luna de miel. Mi regalo consistió en que dos grandes amigas que residen en Arizona, una colombiana y la otra mexicana, llegaron a Duluth unos días para visitarme. No quisieron parar en la casa, a pesar de los cinco cuartos. Pero, te digo, quién quiere quedarse en un lugar que parece venirse abajo. Prefirieron un *bed and breakfast* muy agradable. Eran los últimos días de septiembre y el otoño lucía ya de todos colores. No puedes imaginarte las hojas de los árboles: ocre, rojas, verde oscuro y quién sabe qué más. Incluso hizo calorcito, el famoso Indian Summer que siempre resulta muy bienvenido.

Cuando se fueron mis amigas, que tú debes conocer seguro, me quedé desolada. Cambió el clima y el frío ya no nos dejó en paz hasta muy entrada la primavera. Lo mismo será este año, acaso un septiembre benigno y luego el azote de las bocanadas frías, la nieve que los



perros disfrutan y que a mí me impide manejar, porque me asusta.

Mark es un hombre realmente bueno. ¿Ya te lo dije? En abril me atacó un *flu* violento. Sentía que me había pasado encima un autobús. Mark me cuidó, me daba mis medicinas y mandaba traer comida de la cafetería que más nos agrada. Pienso que ése es el lazo más fuerte que nos liga: cuidarnos, porque la vejez está ya a la vuelta de la esquina. Si supieras, de todas formas, qué tranquila murió mi hermana, la monja. Estuvo rodeada de las otras religiosas, de los médicos en la comodidad de su celda. Abandonó el planeta como un angelito. Te diré, uno nunca sabe qué es lo mejor a la hora de morir: si la presencia solícita de un marido que es un perfecto extraño o la de personas con las que se han creado estrechos vínculos a lo largo de muchos años de soltería. Como nunca tuve hijos, ignoro si me gustaría que estuvieran revoloteando en mi agonía, que, Dios mediante, confío en que sea corta.

No, no me pienso morir ahorita, pero más vale pensar en ello. De que nos va a llegar, nos va a llegar la muerte. A Mark, últimamente, lo encuentro desmejorado. Su semblante ha cambiado. Pobre, es tan bueno el hombre que no dudo que un buen día de éstos Dios lo recoja. Eso sí te digo, si Mark se va antes que yo, y no sería extraño, me salgo corriendo de este pinche pueblo y ni loca me vuelvo a casar. **U**